EL FONDO ESPAÑOL DE LO GAUCHESCO

POR
ANTONIO MONTARCÉ LASTRA

Don Antonio Montarcé Lastra nació en Buenos Aires el 30 de noviembre de 1900 y graduóse de abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Buenos Aires el año 1921, obteniendo el título máximo de doctor en 1923.

Desde su salida de la Universidad dedicóse al ejercicio de la profesión, exteriorizándose su labor intelectual en diversos libros y artículos publicados en revistas y diarios argentinos.

En defensa del patrimonio histórico y territorial argentino publicó últimamente Redención de la soberanía, *recomendado por la Universidad de La Plata, y otros, en que lo hispánico se vincula a los problemas de América.*

I

DICE un distinguidísimo sociólogo contemporáneo, con mucha razón, que la historia no actúa directamente sobre el individuo ni sobre la mera suma numérica de individuos; éstos se compaginan y forjan dentro de una comunidad social estructurada dentro de las sociedades diferenciadas por la historia.

El hombre es, así, un sujeto que existe en función con la comunidad histórica a que pertenece, circunstancia que debe tenerse especialmente en cuenta al iniciar un ensayo sobre la vida del gaucho, desde que desvincular el tema de los ante-

cedentes históricopolíticos que lo crearon implicaría dar comienzo al planteamiento sin una concepción cabal del asunto.

El habitante de la pampa, precursor de la nación criolla, nació con la conquista; y se desarrolla y adquiere personalidad en el curso de tres siglos de una colonización, que no era vasallaje. Así lo reconocen insignes historiadores americanos, que se han hecho pleno cargo de los principios morales que inspiraron a los Reyes Católicos al emprender la conquista del Nuevo Mundo. La obra jurídica y la aplicación de sus normas en América es superior a cuantas se dictaron para otros países y aun en siglos posteriores. Sobre la base de esa cultura y las costumbres autóctonas se forjó ese cuerpo de leyes que se denominó derecho Indiano, que tanto influyó en el desarrollo de estos pueblos adquiriendo una personalidad en la que el alma hispánica se vislumbra con todo el orgullo actual de su independencia.

El imperio español era una Monarquía misionera que se designaba generalmente con el nombre de Católica, porque de acuerdo al testamento de Isabel «el principal fin e intención suya y del rey su marido de pacificar y poblar las Indias, fué convertir a la Santa Fe Católica a los naturales», lo que se cumplió durante más de dos siglos.

Cuando en la segunda mitad del siglo XVIII se quebranta esa norma, y el testamento de Isabel se rompe, también el imperio va poco a poco desgranándose; pero quedaban las bases encastilladas en una población autóctona, fiel a los principios recibidos durante tres siglos, defensora de sus derechos y patrimonio moral contra lo que consideraba extranjerizante, hereje y advenedizo, exteriorizada después en una rebeldía que durante muchos años cubre de sangre el territorio americano, campo de lucha civil de dos concepciones de la vida. El gaucho fué el elemento nativo que, sin saberlo ni pensarlo, defendía por tradición la herencia y legado ortodoxo del pasado.

Se llamó así revolución lo que no fué, en principio, otra cosa que la acción práctica del elemento criollo en defensa

de la costumbre heredada y los derechos hollados por virreyes y altos funcionarios de la corona, en las postrimerías del siglo XVIII. La reacción de Tupac Amarú es un síntoma que adquiere violencia después de las reclamaciones a la Corona, exteriorizadas en un circunstanciado memorial tan lleno de conceptos elogiosos para las viejas instituciones y recuerdo para los antiguos funcionarios, como lapidario para la nueva burocracia que violaba el derecho Indiano en perjuicio del nativo. Se siguen, después, múltiples manifestaciones de la misma indole a punto tal que, se ha dicho, las luchas por la independencia no fueron más que guerras civiles, pues luchaban criollos en ambos bandos, continuando, posteriormente, en esa puja contra la influencia extranjera que les quitaba lo suyo, protegido por Gobiernos complacientes y venales, que dilapidaban a raudales la sangre gaucha en la frontera, contra el indio, haciéndole víctima de toda clase de atropellos. José Hernández, en su Martín Fierro, pinta al nativo en lucha contra las clases superiores de la sociedad que le oprime, en un reto satírico a los legisladores de la época que, sin conocer sus necesidades y características históricas, le sumían en la ignominia.

Estos juicios se sintetizan en las tres estrofas que dicen:

El nada gana en la paz.
Y es el primero en la guerra.
No le perdonan si yerra,
que no saben perdonar,
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
para él las demás prisiones.
En su boca no hay razones,
aunque la razón le sobre.
Que son campanas de palo
las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto;
si no aguanta, es gaucho malo.
¡Dele azote, dele palo,
porque es lo que él necesita!
De todo el que nació gaucho
ésta es la suerte maldita.

Esta literatura recibió una acogida favorable entre el pueblo, pero fué resistida por las clases cultas que, en cambio, rendían pleitesía a lo que Menéndez y Pelayo llamó «plaga del arte argentino», la imitación a Víctor Hugo y otros franceses. Sólo después de muchos años figuró en los programas de nuestros colegios nacionales. Había que buscar en esta resistencia las mismas razones que inspiraron a los funcionarios reales de fines del siglo XVIII a combatir a los nativos y violar las leyes de Indias. Es la lucha de lo hispánico contra lo foráneo. De la Catolicidad contra la heterodoxia.

El libro de Ricardo Güiraldes, «Don Segundo Sombra», es una etapa en la ruta abierta por Hernández, Ascasubi, Del Campo, Obligado.

Enfoca al habitante de la pampa dentro de la nación organizada, y su exposición demuestra que en materia de ideas y forma de vida continúa inadaptable al concepto liberal y racionalista de la vida, desvinculada de la realidad histórica, como una reacción que perdura contra los factores que conspiran contra la tradición heredada de los conquistadores; y se explica esa intemperancia porque él es la naturaleza viviente y el racionalismo procede de un profundo desamor y no encuentra en la naturaleza otra cosa que decepción, olvidando que mereció la complacencia del Creador. La cruda realidad de la vida se ha juzgado indigna de la contemplación intelectual, ha dicho un escritor, y eso explica mucho del aislamiento de cuarentena que mereció una obra como Martín Fierro, inspirada en lo más grande de la hispanidad, la unión del nativo con el conquistador.

Se ha querido ajustar al gaucho a principios filosóficos que

le son extraños y él rechaza porque no se acomodan a sus necesidades y las encuentra ajenas a su medio.

La igualdad ante la ley, proclamada por los filósofos del siglo XVIII, concepción aplicada verticalmente a una sociedad estratificada en forma horizontal, no pudo entenderla y no se equivocó al criticarla satíricamente, como lo hizo con el contrato, resistiéndose al planteo económico del siglo XIX, fuente del capitalismo del siglo XX. Respecto al primer punto, Güiraldes lo trata magistralmente, cuando relata el encuentro de Don Segundo con el comisario, y en cuanto al otro, dejemos que hable «Martín Fierro» cuando alude al pulpero que esquilmaba a la tropa.

Sólo tenía cuatro frascos
y unas barricas vacías,
y a la gente le vendía
todo cuanto precisaba;
a veces creiba que estaba
allí la proveduría.

¡Ah, pulpero habilidoso!
Nada le solía faltar.
¡Ay, junta!, y para tragar
tenía un buche de ñandú.
La gente le dió en llamar
«El boliche de virtú».

Aunque es justo que quien vende
algún poquitito muerda,
tiraban tanto la cuerda
que con sus cuatro limetas
él cargaba las carretas
de plumas, cueros y cerda.

Hoy ya se habla sin retaceo, en el campo del derecho privado, de la crisis del contrato, forma jurídica que sólo podría existir si pudieran aceptarse los principios de igualdad y liber-

tad proclamados en el siglo XVIII, emergentes del movimiento religioso de los siglos XVI y XVII, llamado «La Reforma». El gaucho en su insignificante personalidad y su escasa cultura, vislumbró el problema del mundo moderno, que aceptó esa filosofía porque le aseguraba el dominio de lo físico por medio de la técnica y rechazó la sabiduría escolástica, imperturbable en la afirmación de las verdades abstractas.

La claridad con que ve el problema y lo analiza con toda sencillez no es más que la consecuencia del primer planteamiento, resumido en una invocación que es también profesión de fe. Antes de cantar Martín Fierro, dice:

Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento;
les pido en este momento,
que voy a contar mi historia,
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista.
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

La súplica, no cabe duda, fué escuchada, y su influencia se observa en todo el desarrollo del poema, como si su autor hubiese sólo actuado como «médium», demostrando lo que expuse al principio: el gaucho es la resultante de una comunidad social dentro de una sociedad diferenciada por la historia, y su literatura un elemento sustancial e invariable de su génesis.

Necesitamos, para construir lo que podríamos llamar nuestra historia, buscar nuestra formación, de la que la tradición constituye un valioso auxiliar porque la evidencia sobre la cual descansan sus conclusiones debe incluir más que sim-

ples documentos. La tradición posee sobre éstos la ventaja de la sinceridad. Un hombre o un grupo de hombres, dice un gran escritor inglés contemporáneo, podrán aceptar una falsedad, mas hay que dar por sentado lo que toda una comunidad de testigos afirma. El tiempo reforma las imágenes, mas esta representación no es intencionalmente falsa como puede serlo un documento.

Las memorias que pasan de una generación a otra tienen, desde luego, tendencia a deformarse, dice Belloc, y si se redactan mucho tiempo después que los hechos han sucedido, a menudo contienen elementos falsos, característicos de las leyendas. Pero la tradición es sincera (a la inversa del documento redactado por un testigo que a menudo no lo es) y tiene una base amplia. Una y otra vez el erudito, cuyo conocimiento se basa en el testimonio aportado por los documentos, ha ridiculizado una tradición y, sin embargo, descubrimientos posteriores confirmaron que respondía a la verdad. Entre nosotros los casos surgen a montones.

En la historia pululan ejemplos de manifestaciones, tradicionales y documentales, que no pueden, en verdad, negarse de manera contundente; pero que deben modificarse a la luz de la razón y la experiencia común. La literatura gauchesca tiene así un valor tradicional, documentado, que los siglos sabrán apreciar y avalorar. Sin embargo, no veamos en ella más que una fuente y no olvidemos que la evolución humana es la realidad misma que debe ser encarada por el hombre, y que todo progreso implica una nueva carga que asume y un nuevo riesgo que corre sin que le traiga, definitivamente, la libertad a que aspira y que constituye la suprema angustia que sume al mundo occidental.

Ricardo Güiraldes cumple con «Don Segundo Sombra» una nueva etapa de la literatura gauchesca, inspirada en un sentimiento de paz campesina, distinta a la de Martín Fierro, que, como decía Unamuno, «es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se

fué a América a servir de avanzada a la civilización y a abrir el camino del desierto».

El libro está escrito en prosa, forma literaria que corresponde a un pueblo ya formado y perfectamente definido, así como la poesía es el género preferido para transmitir de viva voz y por la memoria las hazañas y valores de los que se encuentran en la aurora, etapa que felizmente hemos pasado. Sin embargo, hemos de tener cuidado, porque la civilización no se sostiene a sí misma. La vida, si bien es cada vez mejor, técnicamente, es más complicada y no debemos olvidar que tiene mucho de pasado. Por ello el conocimiento histórico es necesario para continuarla, no para hallar la solución de los problemas actuales, porque la vida es siempre diferente, sino porque nos hace recordar los grandes errores de otros tiempos y es necesario aprovechar la experiencia, porque de otro modo todo serán desventajas.

Esto último, cuesta decirlo, es necesario recalcarlo, pues atravesamos un período en que las gentes más cultas padecen de una increíble ignorancia de la historia. Fué la característica del siglo XIX, a pesar de que técnicamente avanzáramos y a esto se deben peculiares errores que hoy gravitan.

II

«Don Segundo Sombra» está forjado en el ambiente de la pampa, cuya fisonomía resulta del conjunto de cuadros en que intervienen los hombres, la tierra, los animales, el clima y un habitante característico: el gaucho, a quien el autor lo dedica especializándose con los de su pueblo, y dada la trascendencia del concepto, raccionando, dirige su mirada al pasado y después, concentrándose en sí mismo, imaginando que sólo un gaucho puede tener las concepciones que desarrolla y pintar los paisajes que con claridad dibuja su pluma con sencilla y natural elegancia, invoca a su espíritu en una alegoría esencialmente católica, demostrativa de que el ha-

bitante autóctono es un producto de la conquista hispánica en todo el sentido épico y misionero.

«A los paisanos de mis pagos. A los que no conozco y están en el alma de este libro. Al gaucho que llevo en mí, sacramente, como la custodia lleva la hostia.»

El tema se presta a los planteamientos más antojadizos, sin desmedro del interés, porque atañe a nuestra tierra, singularizándose, dentro del continente, con la América española.

En efecto: Si bien la Pampa moldeó al gaucho, éste no es un producto exclusivo, como muchos lo suponen, de la provincia de Buenos Aires; por el contrario, se extiende a toda la República, y su espíritu al Continente, imprimiéndole sus características cada región; como la estepa moldeó al tártaro y el desierto al beduíno.

El elevado concepto de la dignidad, el culto del honor, saturado de una fe religiosa salpicada de cierto paganismo aborigen que asoma en los detalles más insignificantes, constituyen sus características, que se extienden a la vivienda, el rancho de barro y paja, que le enseñaron a construir los conquistadores, a semejanza de las casas de Castilla, cuya técnica divulgaron los misioneros junto con el Evangelio, el culto al valor, el continuo desplazamiento ecuestre que lo identifica y diferencia; el contacto permanente con la Naturaleza, cuyos secretos conoce e interpreta sus exteriorizaciones con sutil intuición.

La vinculación del protagonista a la ganadería con prescindencia de la agricultura, que si no detesta, por lo menos no le entusiasma, y le ata a la vida pastoril, constituye una laguna muy común en nuestras obras de ambiente criollo, con olvido de que el habitante de nuestra pampa no fué sólo un hombre de a caballo. Durante la conquista, en la colonia y en los fortines fué el primer agricultor desempeñándose también como artesano, labrador de cueros, platerías y maderas, porque en el aislamiento en que vivía todo lo debía hacer; y en ese tremendo escenario, en continuo contacto con la inmensidad del cielo, era la personificación de la pampa; por eso, no obstante las deformaciones que de su vida ha hecho la literatura, es esencial-

mente moral, con lo que no puede negar su ascendencia, enraizada en la veta castellana.

He dicho anteriormente que sus características son continentales. En efecto, entre el gaucho de la provincia de Buenos Aires, el de Catamarca o el de Salta, el «huaso» chileno o el llanero venezolano, no existen otras diferencias que las de su atuendo personal y atalaje para montar, prendas íntimas que le acompañan y que, en gran parte, constituyen sus únicos bienes. En lo demás es idéntico.

El enlazador, el baquiano, el rastreador, el resero, cantor o domador de todas ellas, tiene la misma influencia andaluza de los conquistadores, y hasta el poncho, la chaqueta torera, el sombrero, el barbijo y las espuelas, como si la España que lo engendró hubiese querido dejar un testimonio permanente en la idiosincrasia del hombre más típico de América, otorgándole una personalidad tan fuerte y prestigiosa que hasta el sajón del norte respeta y conserva en su manera de ser, su valor, honor y vida nómada, que identifica al «cow-boy» como recuerdo de una cultura y una conquista que nadie podrá borrar.

Entre nosotros, la palabra gaucho suena cariñosamente en toda su masculinidad, como signo de las cosas nobles, la guapeza y el amor romántico, porque era versificador y cantor, sobrio y pundonoroso y con una medida exacta de sus acciones limitadas sólo por el libre albedrío controlado por su moralidad, forjada en el más rico patrimonio de la raza.

Es el hombre idealizado por la literatura donde aparece más frecuentemente que en los hechos, como si fuese una cosa extraterrena, para colocar por encima de todo, en forma elevada, el superior sentimiento de la argentinidad.

Pasa así a ser un sujeto de la leyenda y la fábula. Es la fantasía, muchas veces alejada de la realidad; por ello constituye un elemento valiosísimo, para la reafirmación de la nacionalidad, desde que para ello no serviría ni la vida del intelectual ni la del héroe militar, ni siquiera la del hombre medio que técnicamente forjó la grandeza del país.

El gaucho, con su mito, que si no existiera hubiera sido me-

nester crearlo como los germanos a Sigfrido o Lohengrin, y que es necesario hacer perdurar, cumple una finalidad social e histórica, porque viniendo de lo más bajo, sin que esto implique un planteo plebiscitario, se identifica con todos.

Por ello cometen un profundo error quienes sólo descubren en él al haragán y pendenciero, levantisco e ignorante, alzado contra la autoridad, concepto divulgado con frecuencia. Es que el mundo moderno, hecho a base de técnica, desprecia los valores inmateriales. El hombre valdría por lo que produce económicamente y no por lo que representa, desde el punto de vista ético y filosófico.

Lo que está al alcance y puede ser asimilado por todas las mentalidades sin esfuerzo y hasta con agrado, es lo que puede servir de base para mantener a un pueblo, identificándolo con la herencia del pasado, y preparar los programas realizadores, porque constituye el espíritu de la raza.

Muchos de los que formulan apreciaciones contra el gaucho, vinculando su nombre a todas las aberraciones y desacreditándolo por su falta de producción material, no se han identificado con nosotros, olvidando que los pueblos jóvenes tienen una interpretación menos material del Estado.

Sólo conciben como sujeto político al que presta adhesión a las empresas; los demás atributos del hombre, expresados al referirme al gaucho, pasan a otro lado, haciendo tabla rasa de la tradición. Es la técnica, según ellos, la que puede construir la nación.

Tal concepción, que nos haría perder personalidad, constituye un ataque directo al principio de soberanía, aunque externamente no lo parezca, porque mina a la nación en su base, desde que técnicamente somos iguales, inferiores o superiores a todos los países; lo que nos distingue es la raza, la sangre, los límites geográficos y la tierra, que imprimen al hombre un sello especial.

Como la capacidad de fusión es ilimitada, si no tuviéramos rasgos fisonómicos propios, nos confundiríamos con cualquiera. Y ése es nuestro problema actual, salvar al país en ese aspecto,

y nos hace tomar como emblema lo que nos identifica y vincula a la hispanidad en todo su alcance racial.

«Donde no se conserve piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora, decía don Marcelino Menéndez y Pelayo, y recuerda Ramiro de Maeztu, refiriéndose a don Miguel Artigas; «una idea original se puede producir en cualquier ambiente, conserve o no la herencia de lo pasado, pero sólo será dominadora si se encuentra ya el camino abierto para ella por una sucesión de ideas que le sirvan de antecedente, y ello por una razón : la de que en el pueblo se conservan, como en un depósito de sentimiento, los pensamientos del pasado, y una idea no puede ser dominadora si no logra el apoyo popular».

No olvidemos que empezamos nuestra historia y comienzan recién nuestras angustias, y es ahora cuando peligra la herencia de los próceres. Aún tenemos que hacer muchas cosas, y no se piense que todas son técnicas y materiales.

Que llene el gaucho el escenario nacional de la leyenda y de las tradiciones, aunque limite su acción, al espacio de la vida campera.

Entretejamos sus rivalidades amorosas, relatemos sus hazañas de guapo, aunque se exageren, y destaquemos sus rasgos de nobleza, aunque el episodio se desarrolle en el breve escenario de los alambrados de una estancia, si dentro de él encontramos el horizonte patrio y las virtudes de la raza. Vivir es algo que cada cual hace por sí y para sí.

Aire nuestro, ante todo, a nuestra llama;
de nada vale, como el triste moro,
respirar mundos, si se pierde Alhama.

Repitiendo el verso magnífico del doctor Carlos Obligado, canto IX de su poema *Patria.*

III

Volviendo a la obra de Ricardo Güiraldes, de la que me he apartado, sin salir del tema, precioso pretexto para hablar de las cosas nuestras, más que una novela es una narración sin enredos. El lector que abre el libro, desde las primeras páginas se envuelve en un ambiente agradable, y sin existir intriga, la relación y el encadenamiento de los hechos, a través de episodios, todos ellos conocidos, pero pintados magistralmente, como sólo podría hacerlo un hombre conocedor de nuestro medio, lo lleva, paulatinamente y sin esfuerzos, hasta el final.

El elemento episódico, que en otros libros cobra una importancia secundaria, y que el lector pasa muchas veces por alto, con el objeto de conocer el desenlace de la intriga, en «Don Segundo Sombra» es lo más importante, porque todo él está envuelto en ese ambiente de pampa, cuya fisonomía resulta del conjunto de relatos, escenas y acontecimientos, en los que intervienen: el protagonista, don Segundo y los hombres del campo, vinculados a los animales, la madre tierra y los fenómenos naturales. Sólo quien los ha vivido y observado las características del hombre de nuestra campaña, identificándose con ellos, como el autor, podrá entender el drama del resero, el poema de la lluvia y la tragedia del vendaval.

Y es Güiraldes quien ha encontrado el personaje; espíritu anárquico y solitario, a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable cansancio. Ese es don Segundo Sombra.

Es el gaucho actual. Pasada la etapa heroica, que exaltó Lugones, y la conquista del desierto, que cantó Hernández, sus proporciones disminuyen al estrecharse el panorama y circunscribirse a un horizonte más pequeño. Es el paisano, moderna etapa del gaucho, en el país organizado, porque ha bajado de la leyenda, para entrar directamente al mundo del trabajo.

Es también el hombre de todos los siglos con el interrogante abierto, un ideal insatisfecho, porque no lo alcanza dentro del mundo material y por ello constituye un mentís al racionalismo contemporáneo. Su pasado se ignora y no interesa, desde que su origen se entronca con el árbol de la raza, y su futuro es el de todo hombre que en el planteo simple de las cosas y en continuo contacto con la grandeza del universo sólo encuentra en la Suprema Verdad la solución al problema de la terrible angustia.

La trama es sencilla, como lo son las cosas de la Naturaleza. Sirve de pretexto para desarrollar el tema, la historia del hijo natural, de un rico estanciero, mantenido lejos y del que se acuerda el padre, antes de fallecer, declarándolo único y universal heredero. Desde la niñez, su instinto libertario, que lo hizo un chico travieso de pueblo, lo conduce al ambiente de la pampa, en cuyo amplio horizonte conoce, poco a poco, todos los secretos de la vida campera, que lo identifican con la raza, en todo lo simple y grande de los supuestos que se plantean.

No cambia en nada la fisonomía del hombre de la pampa. La personalidad del protagonista se agranda de improviso, y la independencia, el afán de sobresalir sin el auxilio de otro, desvinculándose de quienes lo protegen sin cariño y lo miran en menos dentro del pueblo, mina el instinto de rebelión que existió, posiblemente, desde su cuna.

El bastarse a sí mismo, la carencia de padres conocidos, identifica al gaucho, igual que al «huaso», y fué casi siempre «hijo de nadie», cuando la tradición hispánica nos enseñaba a defender la constitución de la familia.

El relato de Güiraldes está hecho en primera persona. El protagonista huye de la casa de sus tías, pero, más que todo. de la descalificación que le rodea, y conoce al hombre, que ha de ser su «padrino», viéndolo por primera vez en la penumbra de la noche, cuando al volver al pueblo, después de haber estado pescando bagres, se queda clavado en el barrial de las calles próximas; lo relata así : «el jinete, que me pareció enorme bajo su poncho claro, revoleó la lonja del rebenque contra

el ojo izquierdo de su redomón; pero como intentara yo dar un paso, el animal, asustado, bufó como una mula, abriéndose en larga tendida. Un charco bajo sus patas se despedazó chillando como un vidrio roto». Era don Segundo, que habría de conquistar, más tarde, definitivamente, su afecto en el almacén de «La Blanqueada».

¿Porque produce en el niño esa impresión, que ha de ser imperecedera? Porque era valiente sin temeridad, hecho que descubre en la primera situación difícil y se presenta en el mismo boliche al toparse con un paisano provocador, en la oscuridad de la noche, al que desarma «quitando el cuerpo y el facón se quebró entre los ladrillos del muro con nota de cencerro». El agresor, al verse así, queda como paralizado, no por cobardía, sino porque ve la superioridad del otro, circunstancia que aprovecha don Segundo para recoger del suelo los restos del facón, diciéndole: «agarre, amigo», y monta a caballo. El gaucho pendenciero contesta: «Yo vía hacer componer este facón pa cuando usté me necesite.» Es el odio que se transforma en admiración, la redención por el valor.

La escena es rápida y silenciosa, sin otras exteriorizaciones, porque el recato varonil—como lo anota Meana en el prólogo del notable trabajo de Rapela, *Cosas de nuestra tierra gaucha*—constituye uno de los rasgos más característicos y, desgraciadamente, más deformado del habitante de nuestras llanuras. El gaucho no es metafórico ni dicharachero, como lo pretende una literatura de extranjería, y hasta en la pelea tiene cabal medida de las acciones. Se conducía siempre con sobriedad y pudor, pues diariamente recibía el mensaje de la tierra que cruzaba y pisaba a su libre arbitrio.

Un episodio parecido relata José Hernández en *Martín Fierro*, que provoca la reacción de Cruz, de la partida policial que lo persigue. Fierro resiste y pelea, hasta que uno de los atacantes se pone de su lado, facón en mano, diciéndole:

Cruz no consiente,
que se cometa el delito
de matar así a un valiente.

Las circunstancias varían, pero es el mismo sentimiento exaltado. En el caso, don Segundo, como lo dice el mismo Güiraldes, «era el tapao, el misterio, el hombre de pocas palabras, que inspira en la pampa una admiración interrogante». En el otro, el gaucho, incapaz de cometer una cobardía, interpretación que da al combate desigual, aunque sea con la autoridad. En ambos casos es el culto al honor y al valor, que redime todos los vicios y en verdad constituye una de las más grandes virtudes de la raza, que identifica al hidalgo, al caballero y al gaucho en toda su desaliñada existencia.

Pero sigamos a nuestro gauchito en sus andanzas. Sale de la casa de sus tías de noche, busca sus dos «petisos» en una casa vecina, ensilla uno, con el recadito obsequio de su padre, único recuerdo que tiene de su existencia y va a buscar trabajo a la misma estancia donde sabe que el hombre que lo conquistó con su guapeza irá a domar unos potros. Se le adelanta y lo consigue, tomándolo con tal empeño y entusiasmo, que, terminada la faena y pensando en su escapada, «el sueño cae sobre él como una parva sobre un chingolo». No puede encontrarse una comparación más campera y exacta para ejemplificar la influencia del cansancio, receta para los que padecen de insomnio...

Y ahí comienzan sus aventuras.

El gaucho de Güiraldes es un paisano, es decir, un hombre de campo que, aparte de las virtudes de que se ha hecho mérito, conoce también las faenas de su oficio que sirven al relato.

La doma, es decir, la formación del caballo, elemento indispensable, que debe dominar y que también es un amigo y compañero, en el continuo deambular por los campos, se describe a la perfección revelando los conocimientos del autor.

Pero lo más interesante, en su minucia, es la vida de resero en que se inicia nuestro héroe, comenzando sus andanzas de

hombre en tan dura faena. No recuerdo que otro haya hecho, hasta ahora, semejante relato.

Antes de partir con la tropa y los reseros a enfrentarse con la Naturaleza, se despedirá de Aurora, la chinita que conoció al comprar un potro para su tropilla, y con la cual caen juntos en la tierra blanda..., ella lo despide diciéndole: «Sonso, sinvergüenza..., decí que sos más juerte», y la única reacción del paisanito es la siguiente: «Y la dejé que se fuera, muy digna, murmurando frases que consolaban su pudor y su amor propio.»

La mañana encuentra a los reseros frente al camino y los episodios se deslizan suavemente, con una sencillez de égloga, que aumenta el encanto. Así son las cosas de nuestra tierra y por eso dice el poeta:

Yo construyo sin pálida neblina,
sin ángeles de afuera y sin que preste
el cielo su costumbre de celeste
una verdad humilde y argentina.

La descripción del primer galope al potrillo que compró en la chacra donde conoció a Aurora está llena de color. Lo apadrinó don Segundo, que viendo a su ahijado en situación difícil, lo invita al «charqueo» en medio de la jinetada, para lo que no debe tener vergüenza, porque hasta el más ladino aprendió a mantenerse sobre el lomo del animal, gracias a ese medio. Implica la enseñanza de que no debe desdeñarse la ayuda para salir airoso en las empresas.

Mantenerse a caballo, en todo apuro, fué siempre una pretensión porteña, lograda con éxito las más de las veces. Episodios de esa naturaleza llenan las tertulias del fogón y de admiración a quienes las escuchan.

Las hazañas del «parador» merecieron el elogio de don Roberto Cunigham Graham, que en su libro *El Río de la Plata* describe el episodio en los siguientes términos: «De repente, su caballo, con todo y ser un flete de primera, seguro de pie, listo, muy ladino, escarciador y coscojero, metió la mano en

un agujero y dió una voltereta. Cayó como piedra desprendida de las tenazas de una grúa. Su enérgico jinete abrió las piernas y echó una parada, con tal maestría, que teniendo todo el tiempo el cabestro en la mano, sus recias espuelas de hierro resonaron contra el suelo como grillos. Cuando el caballo saltó sobre sus pies, el jinete, agachando la cabeza y recogiendo el codo izquierdo sobre el costado, le cayó de un brinco en la espalda y se perdió al galope con tal prisa, que se dijera que yo estaba soñando y sólo había despertado treinta años después para cerciorarme de mi sueño.»

Ese era el afán del gaucho y tal habilidad la había logrado en una pista tan grande como el horizonte, llena de obstáculos y sorpresas para el jinete que en la época del relato de Güiraldes había desaparecido; por eso el escenario de don Segundo lo constituyen el callejón, la entrada a los pueblos y las pistas domingueras de los boliches de campaña, pero siempre está el mismo gaucho, con toda su alma, que:

Cruza el llano,
levantada el ala del sombrero
al impulso soberano.
Viste poncho americano,
suelto en ondas de su cuello,
y chispeando en su cabello
y en el bronce de su frente,
lo cincela el sol poniente
con el último destello.

De acuerdo a los versos de Rafael Obligado en su poema *Santos Vega.*

Pero en lo que Güiraldes es maestro es en el relato de los pequeños detalles que caracterizan la vida del paisano y las escenas camperas. Véase, si no, este ejemplo: «El bayo se arrimó al agua, que tocó con cauteloso hocico, y apurado por la sed, bebió a sorbos interrumpidos sin apartar de mí su ojo vivaz. Era un buen pingo, arisco aún y lleno de desconfiadas

cosquillas. Lo miró con orgullo de dueño y de domador, pues estaba seguro de que pronto sería un chuzo envidiable; los tragos pasaban con regularidad de pulso por su garguero. Levantó la cabeza, se enjuagó la boca aflojando los belfos al paso de larga lengua rosada. De pronto se quedó estirado de atención, las orejas rígidas, esperando la repetición de algún ruido lejano.

—Comadreja—dije bajo, llamándolo por su nombre.

El bayo se volvió hacia mí, resopló como inquieto y comenzó a mordisquear la fina gramilla ribereña. Tranquilizado, comió glotonamente, recogiendo entre sus labios movedizos los bocados que luego arrancaba, haciendo crujir los pequeños tallos».

Solamente la observación atenta de un hecho tan común y vulgar como lo es el beber del caballo puede haber dado motivo a una descripción tan exacta, a punto tal que quien la lee puede decirse que está viendo realmente al bayo acercarse a la costa del arroyo y saciar la sed de sus galopes. Eso es lo admirable del relato de Güiraldes, su sencillez, donde lo episódico es todo el desarrollo de una fábula sin enredos y, sin embargo, encanta.

Mientras tanto, el chico travieso del pueblo ha crecido y han transcurrido cinco años de andanzas por la pampa, «de esos que hacen de un chico un gaucho», cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba «mi padrino».

¿Qué le había enseñado don Segundo a este chico de pueblo escapado de la casa de sus tías, para transformarlo en un gaucho? ¿Cuáles son los conocimientos de ese personaje que habita en la Pampa? Los describe el autor diciendo: «El me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de formar un buen caballo para el aparte y las pechadas, el entablar una tropilla y hacerla parar a mano en el campo, hasta poder agarrar los animales donde y como quisiera. Viéndolo, me hice listo para la preparación de lonjas y tientos, con los que luego hacía mis bozales, riendas, cinchones, encimeras y así como

para ingerir lazos y colocar las argollas y presillas.» Describe a continuación la medicina gaucha para curar a los animales, pero lo más interesante no es la técnica, sino la ética, cuyas enseñanzas resume diciendo : «También por él supe de la vida de resistencia y su entereza en la lucha, el fatalismo de aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos.

Y hasta para divertirme tuve en él a un maestro, pues no de otra parte me vinieron los floreos en la guitarra y mis mudanzas en el zapateo. De su memoria saqué estilos, versadas y bailes de dos, e imitándolo llegué a poder escobillar un gato o un triunfo y a bailar una huella o un prado. Coplas y relaciones sobraban en su haber para hacer sonrojar de gusto o de pudor a un centenar de chinas. Pero todo eso no era sino un resplandorcito de su conocimiento y mi admiración tenía donde renovarse a diario.

Don Segundo, «en todos los pagos tenía amigos, que lo querían y respetaban aunque poco tiempo paraba en un punto, su ascendiente sobre los paisanos era tal que una palabra suya podía arreglar el asunto más embrollado. Su popularidad, empero, lejos de servirle, parecía fatigarlo después de un tiempo. Yo no me puedo quedar mucho en ninguna estancia—decía—, porque en seguida estoy queriendo mandar más que los patrones».

Las reflexiones del autor acerca de las condiciones de este gaucho mentor son acertadas. En efecto; ubicado el relato en el momento actual, cualquiera hubiese dicho : ¡Qué hombre para la política! Sin embargo, Güiraldes, con profundo conocimiento del problema, exclama : ¡Qué caudillo de montonera hubiera sido! ¿Por qué?

La política era tan odiosa al habitante de nuestra pampa como los funcionarios civiles, los comisarios o los jueces de paz, desprestigiados por el abuso de su autoridad, porque no sólo pretendían imponer sus opiniones en la parodia democrática, obligándole a votar en barbecho con la amenaza de

sus persecuciones, disfrazadas de pretextos y encubiertas de legalidad, sino que le atacaban, llegado el caso, hasta en su vida privada. Carlos Octavio Bunge ha tenido oportunidad de referirse a esta situación, analizando el problema con agudeza.

Los grupos «ilustrados» molestan al hombre de la campaña porque odia las discusiones y planteamientos especulativos, que caracterizan al político. El gaucho es de una moral sencilla y de una ética natural y sólida.

En cambio, el caudillo, como dice Ibarguren, «era sentido por esos hombres como la encarnación de su patria, de su tierra, en la que galopaban con libertad de dueños, del espíritu criollo de la pampa que ellos veían amenazada por la aristocracia pueblera y por la civilización y codicia europea que los despojaría de sus pagos», léase, agrego yo, política e inmigración, el «cajetilla» y el «gringo». Es notable la observación que comenta Atilio García Mellid en su hermoso libro *Montoneras y caudillos en la Historia argentina.* En carta que dirige Florencio Varela al general Lavalle, después de su fracaso y retirada a Santa Fe, le previene: «No soy militar, sino «doctor», palabra de escarnio en los campamentos...»

El gaucho admiraba más al auténtico caudillo señor natural impuesto por su personalidad tipo general Peñalosa, en su papel de adalid de las libertades argentinas, tras cuya dirección se precipitaban las montoneras, porque era «valiente, generoso y caballeresco», a decir de José Hernández, que vale más que ser doctor o togado. En nuestra tierra la pugna entre el derecho público cercenando los derechos subjetivos, que se prolonga a nuestros días con rasgos bien marcados, cobraba entonces caracteres épicos.

Nuestro paisano, con necesidades simples y un horizonte natural, no puede comprender los problemas del hombre de ciudad con presupuestos distintos. Siendo libre como los pájaros desconoce que el medio de acción donde se desarrolla la voluntad privada está limitada por el orden público, cuyo concepto y alcance varía con las épocas. Sólo ve en la «autoridad» materializada por el comisario, vigilante o juez de paz, al que

ataca sus fueros individuales, porque su derecho consuetudinario, sin más juez que su conciencia, no siente a la nación, aunque haya dado su sangre para crearla, porque cuando se le presenta, su acción está vinculada a un ataque al atributo más preciado, su libertad.

Veamos cómo se materializa este sentimiento en el caso de «Don Segundo». Relata Güiraldes la llegada de los reseros a un pueblo cualquiera de la provincia de Buenos Aires. Mientras adquieren unas prendas en un almacén de ramos generales se les acerca un vigilante, que con voz autoritaria le dice: «Dese preso, amigo.» El gaucho, despreciativamente, permanece impasible, dándose por no enterado con lo que el representante de la autoridad, reaccionando, lo intima: «¡Si no viene por las güenas lo vi a sacar por la juerza!» El paisano no comprende que bajo el uniforme del agente está la fuerza organizada de la nación y responde: «Güeno, vaya buscando los compañeros», pero no pelea, acata la orden y concurre a la comisaría con dignidad, es decir, por sus propios medios; pues, como dije al principio, no es pendenciero por temperamento, como muchos erróneamente sostienen y, en cambio, tiene sentido exacto de su responsabilidad.

¿Cómo se desarrolla allí la escena? Dejamos a Güiraldes:

—Ustedes son forasteros, ¿no?—inquirió el comisario.

—Sí, señor.

—Y en su pueblo se pasa galopiando por delante e la comisaría?

—No, señor...; pero no vide bandera ni escudo...

—¿Ande está la bandera?—preguntó el comisario al cabo.

—La bandera, señor, se la hemoh'imprestao a la Intendencia pa la fiesta' e' el sábado.

El sojuzgamietno del ciudadano y el abuso de autoridad está siempre vinculado a la falta de responsabilidad y la confusión de la forma legal con la voluntad personal, en el caso personificada en el comisario, que aplica aquélla como un derivado de su experiencia, buscando su ventaja, pero a espaldas de la nación en un sentido ontológico y regulador.

Del encuentro de las antiguas costumbres con el moderno derecho, en gran parte foráneo y reagravado por los abusos, como una chispa al choque del pedernal con el eslabón, brota la leyenda del «gaucho malo» o «desgraciado», ya se llame Juan Moreira, Pastor Luna, Juan Cuello, Martín Fierro o el propio Antenor a que me referiré más adelante.

Por eso, el autor ha querido que la bandera no luzca en el edificio. Pero sigamos el relato :

—¿Qué oficio tienen ustedes?—inquirió el comisario.

—Reseros.

—¿De qué partido son?

Como si no entendiera el carácter político de la pregunta, mi padrino contestó sin pestañear :

—Yo soy de Cristiano Muerto...; mi compañero, de Callejones.

—¿Y la libreta?

En la misma forma que había eludido la respuesta anterior, don Segundo inventó un personaje :

—Los tiene allá, don Isidro Melo.

—Muy bien. Pa otra vez ya saben ande queda la comisaría, y si se olvidan yo les vi a ayudar la memoria.

Para desgracia nuestra, este tipo de funcionario es más común de lo que parece, aunque se exprese ahora en más o menos correcto castellano.

Otro ejemplo que pone de manifiesto la idiosincrasia del hombre de nuestra pampa lo constituye el episodio de que es protagonista el paisanito Antenor Barragán, «pedazo de muchacho grandote y delgado, dueño de una agilidad y una fuerza extraordinarias». Se encuentra en un boliche con otro paisano que «sería como de cincuenta años de edad, vestía a la usanza gaucha y llevaba a la cintura un facón largo con cabo y puntera de plata», habló a Antenor como si lo conociera y tono provocador, invitándole al visteo. «Antenor estaba pálido y agachaba la cabeza. Sospechamos que tenía miedo».

—También me he tenido fe en mis mocedades—dice el hombre del bigote canoso—. ¡Y vean! Todavía me tendría la mesma fe pa señalarlo al mocito por donde quiera.

Antenor responde:

—Señor, yo soy un hombre tranquilo, y si por juguete sé vistear, no es porque quiera toparme con naides, ni para que naides me pelee.

Es otro testimonio del concepto que he desarrollado acerca de las características de nuestro hombre de campo, ajustado al consejo de Martín Fierro:

El hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos,
cauteloso entre los flojos,
moderado entre valientes.

¿Qué actitud asume don Segundo? El hombre de ciudad habituado a justificar los actos de su vida con normas hedónicas y ahorrar sangre aparentemente inútil, aunque esté en juego el honor y la guapeza, hubiera intervenido separándolos, pero el gaucho no actúa así y, dirigiéndose a Antenor, le dice:

—Mirá, muchacho, que el señor ya hace rato que te está convidando con güenas maneras y voh' estás desperdiciando la ocasión de divertirte un poco.

Hubo un minuto de silencio. Antenor se levantó de una pieza, miró al forastero y dijo:

—Yo era una criatura y ella una perra. En el pago la conocíamos por «la de aprender». Era una cuestión de polleras.

—Aura verán cómo a un mocoso deslenguao se le corta la jeta—dijo el forastero, y en el patio empezó el duelo.

Contra las grandes ruedas de una carreta, Antenor había hecho espaldas y esperaba, dándose el supremo lujo gaucho de resistir, a pie firme, con la cuchilla de trabajo en la mano contra el facón de pelea, sin poncho para meter el brazo, salvaba toda arremetida y con un salto ganó distancia. El pai-

sano del facón tenía un tajo desde el bigote hasta la oreja. Antenor reculaba, dando por concluída la reyerta. Unos apartadores quisieron intervenir, pero el contrincante también era criollo, y dijo:

—Ladéense; uno de los dos ha de quedar—y el duelo, descrito admirablemente por Güiraldes, terminó en un «encontrón y vimos al forastero levantado hasta la misma altura de Antenor, para ser tirado de espaldas como un trapo».

—¿Qué dice el moribundo?

—Aura va a venir la Policía a buscarlo a ese hombre; ustedes son testigos todos de que yo lo he provocao.

Antenor, a caballo, huía. Se había transformado desde entonces en un «gaucho malo».

El paisano, heredero de un sentimiento caballeresco que le transmitieron los conquistadores, apelaba al juicio de Dios en el singular desafío que se llama el «duelo criollo», combatiendo hasta dejar muerto a su adversario. Entre sus iguales merecía el aprecio y para las autoridades que aplicaban el derecho escrito por los doctores era el gaucho malo. Entre la paisanada era el caballero sin derechos, no un criminal; para el juez de paz de campaña, el gaucho vagabundo y pendenciero que la partida policial se encargaría de liquidar. Habituado a no conocer otro derecho que el consuetudinario, sin otra jurisdicción que la de sus pares, ni tampoco otra autoridad en la defensa de sus atributos, la ley de la ciudad constituía un injerto en sus hábitos naturales. Por eso la intromisión de la ley y sus magistrados no era acatada, porque no podía comprenderla. Obraba según su costumbre, y como único juez tenía a su conciencia, que para él era «la ley de Dios y de los hombres». Más que la novedosa sanción de las leyes codificadas, estima la inmediata moral de sus semejantes, de los otros gauchos, que castigaban al cobarde con el desprecio. Por eso durante ese siglo XIX, en que la nación se organiza, es una víctima de las circunstancias, y en medio de su primitiva ignorancia sólo nos deja el patrimonio del honor y su guapeza.

Es el valor un culto heredado que estaba en la sangre hispánica y, como en el árabe, era el mejor título para el elogio del cantor y el amor de las mujeres, que lo seguían también en las largas marchas y lo acompañaban, próximas al fortín, en la frontera...

IV

Pero pasemos a otros episodios en que, también la pluma de Güiraldes se desliza con maestría.

El relato que hace de la fiesta campera descubriendo el sentimiento del paisano revela que éste no es extraño a la vida social, en la que hace derroche de ingenio y habilidad en el manejo de sus piernas, y la imaginación busca el verso adecuado a las circunstancias.

Veamos una muestra que suministra el autor con motivo de un gato con relación y pone en boca del protagonista mientras permanece aislado y el silencio es general:

Para venir a este baile puse un lucero de guía,
porque supe que aquí estaba la prenda que yo quería.

La compañera, a veces, responde favorablemente a la invitación y otras con desdén, casi siempre buscando a la frase un sentido chacotón; en el caso, contesta:

De amores me estás hablando, yo de amores nada sé;
pero si en amor sos sabio, se me hace que aprenderé.

Largo sería tocar el tema de esta forma de la poesía popular que ha motivado estudios muy serios. El payador es una de las fases más interesantes del gaucho y posiblemente la que ha dado ocasión a comentarios más sesudos.

En la poesía gauchesca a veces hay sólo humorismo, sien-

do al propio tiempo alegre y tierna; otras es burlona y, generalmente, el prólogo de un contrapunto forma de duelo oral, que también a veces termina con el consabido desafío.

Junto a la leyenda de Santos Vega, cultamente cantada por Rafael Obligado, está el relato de Anastasio el Pollo, del poeta y hombre público Estanislao del Campo y no hablo del Martín Fierro, porque es un asunto serio que habiendo tropezado, al principio, con los más encontrados juicios, después, cuando se aligeró un poco todo ese afán llamado civilizador, y no fué otra cosa que una declinación en nuestra cultura, encandilados por la técnica foránea, se descubrió en él todo lo que había de realmente poético, y más que eso, en la pintura firme y segura de su protagonista, toda nuestra historia y carácter de la raza. Jorge Luna Valdez es su más reciente comentarista.

Y el gaucho que también es poeta tiene afición a los cuentos. Generalmente en ellos interviene alguna bruja o está salpicado de cierta mística en que algún santo y hasta Dios mismo aparecen como protagonistas.

En el libro de Güiraldes, don Segundo, después de hacerse de rogar, como corresponde al paisano, dice cuando se lo requieren: «Cuento no sé nenguno; pero sé de algunas cosas que han sucedido y, si prestan atención, voy a relatarles la historia de un paisanito enamorao y de las diferencias que tuvo con un hijo «el diablo», y entra en materia vinculando los hechos, no como producto de su imaginación, sino como ocurridos, entreteniendo durante largo rato a la paisanada que rodea el fogón.

El cuento más interesante es el que don Segundo hace a su ahijado al sorprenderles juntos la noche en una tapera, después de asar la carne que llevaban y «comer sin hablar», colocando sobre las brasas la pavita y cebando «unos amargos».

—Te vi'a contar un cuento pa que se lo repitas a algún amigo cuando éste ande en la mala—y da comienzo ubicándolo en tiempos de Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles, y como protagonista el herrero Miseria.

El paisano, siempre en contacto con la naturaleza, necesariamente es religioso. En medio de la reunión, cuando se alude al diablo, todo el mundo se santigua. A veces el relato es interrumpido por alguno del auditorio que introduce un chiste o un retruécano que motiva la risa de todos los presentes. La interrupción tiene casi siempre significado de burla, aunque no llega a la injuria; sólo es para confirmar la opinión del juglar.

Así, en el primer relato a que he hecho referencia, don Segundo narra la escena de la que es autora una joven que va a salir del agua, mientras es observada por el paisanito: «Dolores, que «abrió los ojos a lo lechuza», no quería perder ni un pedacito.» Uno de los que rodean el fogón interrumpe diciendo: «Había sido como mosca pa'l tosajo.»

Y cuando alude a las consecuencias de un acto de brujería, otro exclama: «¡Cruz, diablo!», santiguándose con brazos tiesos de mamboretá.

Y, lleno de encanto natural, van pasando con sencillez los episodios de la pampa, las carreras cuadreras, la riña de gallos, el remate de feria y las cosas de la tierra, los medanos, el cangrejal, la vista del mar infinito...

Pone fin al libro la desaparición del gaucho, que el autor deja adivinar cuando el reserito, transformado en patrón por el fallecimiento de su padre, y heredero de todos sus bienes, va poco a poco adaptándose a su nueva vida, en la que lo introduce el hijo de su tutor, que, no obstante vestir como un paisano, lee mucho y conoce varios idiomas extranjeros, con el significado de que dentro del alma del criollo caben también las conquistas de la cultura occidental, que no está divorciada del superior concepto del honor, la guapeza y la hidalguía que individualiza al gaucho moderno y apaisanado.

Es la raza que acepta acogedora al extranjero respetuoso de nuestras costumbres, pero que en su dignidad rechaza la sustitución de lo foráneo por la autóctono, en cuanto implica un cercenamiento en menoscabo de su dignidad. Por eso el gaucho no ha desaparecido; nos ha dejado una herencia que

no será de gran técnica, pero sí rica en valores espirituales. Cuando parece que se ha extinguido, reaparece en medio de fuerzas renovadas. Cuando cambian las costumbres, se exterioriza en formas nuevas. Cuando aparentemente más declina, más fuerte retoña en brotes vigorosos sus tallos cercenados. Es el espíritu de la raza que se renueva y la sangre derramada que sirve de simiente a las nuevas generaciones, porque el gaucho, extendido en toda América aunque con distintos nombres y diferentes atavíos, representa la hidalguía de los conquistadores en toda su grandeza, en toda su bravura y en todo el honor de su guapeza varias veces secular. Constituye el legado de España, tan rico como la tierra que pisamos y tan antiguo como los siglos de su existencia.

Por ello y en eso existe una variante con el poema «Santos Vega», al ver a su ahijado entrar en el campo vedado al gaucho, la ciudad y sus secretos, don Segundo desaparece. «Llegar no es para un resero más que el pretexto de partir.» «Aquello que se iba» era más una idea que un hombre. «Llevando el mensaje de nuestra continuidad histórica», y así termina el libro, dejándonos sumidos en una profunda nostalgia.

Es una obra maestra por lo sencilla; y destinada a perdurar porque en ella hay sólo cielo y pampa, cosas imperecederas para el sentimiento argentino, y allí está su grandeza; porque en la tempestad, en la violencia desencadenada, no nos reconocemos, aunque estemos agrupados; la voz de la patria, como la de la sangre, es como la palabra Divina: un murmullo dulce y ligero.